

todo debiera tener lugar un momento transparente en que una intensificación de la estructura de la personalidad revelara su íntima esencia como una totalidad, un instante antes de esparcirse por la esfera de lo que Rilke llamaba "lo abierto". Como los últimos acordes de una sinfonía evocan a veces el tema original, enriquecido y lleno de dramatismo, así también la melodía de la vida —de una vida auténtica— debe acabar en un acorde final que la reitere y amplifique.

La voz humana puede cantar una sola melodía, pero la naturaleza posee recursos más vastos, no siempre perceptibles para el hombre. A medida que Rilke va madurando la zona en la cual triunfa la muerte —una muerte que cava muy hondo y saca a la luz los tesoros de la vida— va extendiéndose sobre toda la superficie de la existencia. "La afirmación de la vida y la aceptación de la muerte resultan ser idénticas en las *Elegías*", escribe a von Hulewicz ante este problema. "Debemos tratar de alcanzar la conciencia más alta posible de nuestro ser, que se halla instalado en estos dos reinos incommensurables y es nutrido inagotablemente por los dos; la verdadera textura de la vida se extiende por ambos dominios, la sangre de más poderosa circulación corre por los dos reinos."

Rilke escribió la carta a von Hulewicz trece meses antes de morir. En el *Libro de horas* es posible ya adivinar cuáles son y cuáles van a ser los problemas primordiales en su poesía; pero el momento de la más alta conciencia y de la mayor expresividad no llega sino hasta las *Elegías de Duino* y los *Sonetos a Orfeo*. El progreso en la visión y en la técnica que la expresa se desarrolla lentamente, en un ambiente de paciencia y de meticulosidad de Rodin, y, más tarde, de Cézanne. Lo interrumpen, a veces, silencios, pausas, y crisis en que el poeta sospecha de sus sentidos, sospecha que le transmiten datos en forma descuidada, violan los contornos, destruyen la pureza de la línea en las cosas y los acontecimientos. Lo divino parece protestar entonces, transformarse en el Dios vengador del Antiguo Testamento cuando sus reflejos se empañan; exige absoluta precisión, incansable disciplina de los sentidos para estar así eternamente presente y dominar eternamente al tiempo. El poeta enmudece, consternado: "Se han embotado curiosamente mis sentidos —y es sorprendente que esto me ocurra en verano— ante este paisaje cuyas maravillas sentía antes tan completamente. Ahora tengo que ponerlas delante con un esfuerzo, deliberadamente, si quiero participar de ellas. ¿Tan lejos llega la debilitación de los sentidos bajo la presión constante de un ambiente? Si es así, cuánto nos engaña la costumbre acerca de personas y cosas. ¿Nos consolaremos pensando que la curva de la delicia sigue trazándose en nuestro interior? Pero ¿cómo buscarla allí, cuando inevitablemente acabará por romperse en lo denso de ese ámbito, y se hará irrecognocible, dejando huellas tan sólo allí donde otras curvas, de orígenes igualmente perdidos, la crucen en un extraño remolino de intersecciones?" (Carta del 13 de enero de 1923.) Por todas partes aparece la debilidad, la inconsistencia de lo humano:

... y ya los brutos sapientes se dan cuenta:
No nos sentimos seguros o bien instalados
En nuestro mundo interpretado...

... Pues nosotros, cuando sentimos nos evaporamos;
oh, nos derramamos en nuestra respiración,
Pasamos de una brasa a otra
Con perfume cada vez más débil.
(*Elegías de Duino*)

Pero el poeta consigue llegar a la fuente secreta de la que brotan incesantes energías gracias a la aceptación de esa incertidumbre. Rilke se somete deliberadamente, acepta sin vacilar la pluralidad y la división, la *otredad* atormentadora del mundo objetivo, el abismo entre éste y el yo, las convierte en necesidad inalterable. Las líneas de tensión se proyectan hacia dos polos, colocados a la mayor distancia posible uno de otro. Pero esas mismas líneas los reúnen y hacen posible el contacto entre los dos, aunque éste no dure sino un instante.

Y triunfa el presente. Cae un pétalo de rosa, su olor se difunde y es arrastrado por la brisa, y durante un segundo vida y muerte, gravedad y transformación, penetran simultáneamente en la escondida cámara de nuestro ser interior. El oscuro mar informe que se abre frente nosotros, rodeándonos, desaparece, y durante un breve instante gozamos de la plenitud. Pero debemos erigir y demoler constantemente esas murallas, constantemente volver a la "otredad", para descansar y generar fuerzas que nos permitan volver a la comunión. La medida de la tragedia y la dicha la da Rilke en los primeros versos de uno de sus *Sonetos a Orfeo*:

Desgarrado por nosotros una y otra vez,
El Dios es el lugar que cura nuestra herida.

(Traducción de Manuel Durán)

SIRENAS EN LOS JARDINES

Por David EVANIER *

Annapolis, Maryland

LAS HOJAS de los árboles caen de prisa estos días sobre el jardín de mi escuela. Aulla el viento y las hojas se agolpan contra las ventanas. Los sonidos, y presagios de escarcha en el aire, nos hacen sentir seguros y, no obstante, estimulados mientras procuramos concentrarnos en el aprendizaje del griego, en un salón de clase aislado de un mundo exterior donde tantas cosas están sucediendo.

Cada mañana, alrededor de las once, otro sonido perfora el aire frío. Las sirenas de alarma aérea, en ensayo diario, se oyen vagamente a la distancia; pronto se acercan y crecen en intensidad hasta que parecen estar rodeando el aula. Ya no hay sonidos extraños, y profesor y alumnos tratan de ignorarlos. El profesor mira rápida y ligeramente a la ventana y hay un titubeo en su hablar. Se advierte un sentimiento entre los estudiantes; en el fondo de cada uno de nosotros la pregunta salta a la mente —¿sucederá en este momento?, ¿sucederá mañana? Observo cara tras cara, preguntándome lo que mis condiscípulos piensan, y cómo me sentiría si éste fuera el último momento de la vida.

Hablando de las sirenas, un muchacho dijo de manera casual, "es excelente para la seguridad del país"; y después, tras una pausa momentánea, añadió con toda calma: "me aterran". Otro compañero condensó el asunto así: "Nos distraen un par de minutos del griego." Un callado muchacho negro dijo, "me asustaron el primer par de veces... Ahora me he acostumbrado a ellas". Y asintió vigorosamente con la cabeza como para convencerme.

Pero generalmente los estudiantes no consideran del todo propio, o "mundano", exhibir su temor a las sirenas — o a la guerra. Nuestro gobierno aprueba de todo corazón esta actitud, naturalmente. El 15 de noviembre un antiguo miembro de la Comisión de

Energía Atómica fue citado en los periódicos de Baltimore como habiendo dicho que los Estados Unidos de América estaban demasiado temerosos de la guerra. De lo que deberían tener miedo, explicó Thomas E. Murray, es de una guerra limitada. En una guerra total, por lo menos "ni nosotros ni la Unión Soviética podríamos sobrevivir de ninguna manera", mientras que en una guerra limitada "la Unión Soviética podría consumirnos pedazo a pedazo". Se quejó del "estado de ánimo irracional que priva hoy, cuando el sentir popular acerca de la guerra está dominado por el miedo".

Y así termina otro año; los estudiantes en mi escuela se ocupan de sus tareas diarias, disfrutan de su trabajo, llevan a sus novias a la orilla del río, hablan horas enteras, en el café, sobre Platón y Aristóteles y la naturaleza del hombre. Pero hay dos cosas que no hacen. No leen periódicos en lo absoluto y no hacen planes de antemano. Sean las que fueren sus razones conscientes, los estudiantes no hablan de esperanzas y planes para el futuro, de las cosas que quieren hacer. Exceptuando una pequeña y turbada minoría, apoyan a su gobierno, y esperan que su gobierno tenga razón. Quizá como efecto de los años de guerra fría, no pueden concebir que los Estados Unidos puedan estar equivocados, y les daría miedo pensarlo.

En mi escuela, por lo menos, muy pocos estudiantes sueñan los sueños de la juventud y persiguen la meta que debería inspirar siempre a los briosos y a los jóvenes: la meta de un mundo en paz.

* (David Evanier es estudiante en el St. John's College de Annapolis, Maryland. Las líneas que anteceden fueron publicadas originalmente en la revista estadounidense "The Nation".)